Antología de Luis Eduardo Velázquez Chico

Luis Eduardo Velázquez Chico

Presentado por

Poemas del Alma

Sobre el autor

Soy periodista, abogado y director del diario y semanario digital Capital CDMX.

índice

Poesía

Tu cuerpo

Tuyo

Mundo absurdo

Letras

La comuna

Viejo

Vestido negro

Vagabundo

Amante

Noche

Otoños

Panes

Invencibles

Suspiros

Esclavo

Los ilusos

Los periodistas

Los londinenses

París

Zúrich

Venecia, serenísima

Poesía

Persiguen mi cabeza
palabras ciertas.
Como la lluvia al río,
desconcertante.
El mar de tu belleza
arrastra letras
fuertes, inocentes,
alucinantes.
Y se riegan cuál
naturaleza
en tu mente carnal.
Ya no duele pensarnos
desaforados.
Somos poesía.

Tu cuerpo

Amar sin ti es un sinsentido, falta cama y sobra aliento. El día es pesaroso como matrimonio sin apareamiento como verso libre sin empiernamiento. Ya no quiero colibríes sin jardín ni matarme contigo si me muero. Sin ti ya no quiero sol sin días veraniegos y dormirme quiero cuando no te siento sentado en mi universo: la verde alfombra de tu cuerpo.

Tuyo

Es irresistible
ser pagano
al donaire
de tu sexo
imprudente,
por profano y soberbio.
Tuyo seré.

Mundo absurdo

Dónde está ese mundo que se nos va, nos fue, ¿murió de viejo? Ya no está el caballero andante, el padre célibe, la niña virgen, el anciano sabio ni el amigo en casa. Donde está el militar honesto, la maestra paciente, el político elocuente. Hoy huele a mundo absurdo, incierto. No hay putas cantinas, el periodista es payaso, el jurista analfabeta, el poeta no tiene letras los desempleados chafiretes, los deportistas influencers, los doctores chamanes, los, las gobernantes mitómanas los jóvenes no binarios, las palabras perdieron su género y atónitos nos miran todos, hasta los godinez en home office. La carne se fríe en aire, la vaca es de soya, el trigo está triste, las familias no tienen hijos, las palomas cagan smog mientras la vida se crea en Minecraft. Tú ya no me lees, ya no crees, miras al revés. ¿Quién eres? ¿De dónde vienes? ¿A dónde vas? ¿Por qué huiste mundo? ¿Fuiste por cigarros como papá? ¿Huiste del macho, mamá? ¿Quién nos curará? ¿Quién nos cantará? ¿Quién nos contará la historia? ¿Habrá? Si resistes, Dios, líbranos de ser lo que no seremos.

Letras

Silabeo tu labio mojas mi pecho y callas con resabio. El bien está hecho. Nuestros versos gritan, pecan y pican el universo. En mi boca quiero sentir tus letras libres de pecado e indiscretas.

La comuna

Se cobija sola, fría, en la soledad de su dulce sopa de cebolla. Al espejo chocan sus canas y su atuendo ausente de tono. Sorbe lento entre flores y la luna llena. Es ella, en una comuna poblada de estrellas amarillas latte, matcha, chía.

Viejo

Cuánto pesa el pan cada día.
¿Insoportable?
Qué tan ligero el amor por ti.
Frágil autoestima
mitificas la juventud como
viejo ignoras que la vejez
anida la experiencia
de ver el dolor hecho añicos
por la verdad del que ama
sin cortapisas
en el primero y el último vagón del tiempo
de ese tren que trasciende el sentido
sin dirección a la plena vida.
Es alma necia, alma derrotada
sufre de rodillas el olvido.
Silueta andarín con rumbo,
no mires al juez erigido pensamiento
para herirte con su irresistible deseo
de perfección.
La carne es vulnerable en la entrega.
Concede y levántate digno,
puños, piernas, corazón valiente.
Suelta y di lo prohibido,
pon la otra mejilla al ego,
paga la cuenta de la ventura.
Pisa con garbo
ya no importa cupido.

Vestido negro

Vestido negro ríes
con el pecho
y derrites
divino lecho.
La de vestido negro
viaja ligero
y mis ojos alegro.
Soy lisonjero.
La de vestido negro
piernas blancas,
soberano peligro
sutil atacas.
La de vestido negro
muslos dorados
cuerpo magro
y labios encriptados.
La de vestido negro
tacón madera
me desnudas integro
aventurera.

Vagabundo

Besa el concreto con la mirada
bosteza,
escupe aburrimiento.
Un huacal de madera es su trono.
¿Será un mirador de la lluvia cotidiana
o espera la huida de la hora gris?
¿Un preso al aire libre?
Detrás suyo cuelga una vida,
marchita:
Una bolsa de plástico,
un bastón,
un morral,
una memoria,
un pulmón herido.
Se busca en la lluvia,
                se desconoce.
Así pasará 500 días.
La tristeza lo ha invitado a su casa.
                Coexisten
en un viejo parque
donde los niños ladran
y los perros se arrullan.

Amante

Blanca como la mañana.
Esbelta como gacela.
Le miraba con cautela
la figura soberana
y su cadera lozana
que encendía atardeceres
desbordados de placeres
regalados al que gana.
Amante de la semana,
bésame, sabes quién eres.

Noche

La mano pisa su nalga en una noche cualquiera. Pedimosle no nos hiera haciendo al amor que valga. Mientras la mente cabalga lenta su libre mirada y persigue endulzada la promesa incumplida de ser una alma unida una sombra olvidada.

Otoños

La maestra del pecado seduce, besa y apapacha en el comienzo. Con una sedosa piel de lienzo, envuelve tu alma y el amor produce. En el color de sus manos luce la promesa de nuevo recomienzo y por su indecencia me avergüenzo de seguir donde su cuerpo conduce. Su figura es pincelada libre, que silencia los besos regalados, y revuelca a quien la desequilibre. Son los cálidos otoños soñados, culpables de que nuestra carne vibre, en el remanso de los educados.

Panes

Te espero con unos panes
debajo de tu cintura.
No temas a la gordura,
eres bella y lo sabes.
Fría como los tulipanes
con fuego en la mirada
camina enamorada
por nuestros dulces anhelos
y huyamos por los cielos
en esta noche soñada.

Invencibles

Los árboles se renuevan.
Hay dolores invisibles
que nos hacen invencibles.
Aunque tus besos se van
nuestros labios sí se prueban.
En suelos dorados de hojas
con tu dulzura despojas
de los miedos solitarios.
Días extraordinarios
desde tu mirada arrojas.

Suspiros

Van por las calles a solas.
Ella, sublime, es quien lo hiere.
Él, herido, besos quiere.
Rompen el pecho como olas
los suspiros fumarolas.
Es la hora ciega del día.
Pasará lo que él quería.
Una tarde sin heridas.
Las almas van convencidas.
El viento los uniría.

Esclavo

Estoy a tus pies,
placer que curas y hieres,
una agridulce paradoja
donde se encierra el ser.

Eres el zumbido de un tábano.
Incomodo como el boxeador atrapado
en las cuerdas del exceso.
Golpeando la disciplina
con puños hinchados de deseo.

¿Es tu mano cálida, temporaria,
un pañuelo delirante
o la llama que prende la verdad
en la penumbra de mi instinto?

Tu idioma es la ambición,
vulgar e infame,
que corroe la cosa pública
como fuego a la madera
                del silencio
que interroga:
¿Acaso en cada hoja
se esconde el versículo de la sabiduría
que sólo el dolor puede
confesar?

En el alba del placer
y la proximidad de la carne,
te descubro dividido
como el reflejo roto de un espejo astillado:
una voz que reclama sumisión

y otra que implora prudencia.

Eres, en el plano de las ideas,
el carbón y el diamante,
el amor y el odio
la excitación del apetito
y la mirada del alma eterna.
¿Podré acaso desentrañarte,
placer
que en tu desvarío
te desintegras en la dualidad
que desequilibra la razón?

Quizás, el ser es contradicción
y la virtud un engaño,
el mal vestido de éxtasis.
Si eres justo responde:

¿Eres natural e inhumano como los dioses
o la sombra inútil del ser
embadurnada de poder?
¿Un falso hedonista, hipócrita como el demagogo?
Y aún así te quiero,
sin reconocerme
amo o esclavo.

Los ilusos

Los ilusos luchan con el engaño.
La ilusión es el anhelo de ser,
de vivir, de resistir.
Frente al muro de la realidad,
Los ilusos pepenan en la memoria atormentada.
Los ilusos son gladiadores,
se crecen ante el pleito
como ola mojada en un eclipse.

Los ilusos se suben al ring del amor,
noqueados mueven la cadera
dolorida.
Los ilusos pintan a la sensualidad desnuda
y visten a la mentira con verdades.
A los ilusos les sudan las manos como tacos de canasta.
Los ilusos siempre pierden
aunque ganen
porque no se arredran.
Los ilusos sufren cuando se hiere al otro
impunemente.
Los ilusos no le temen a la muerte,
van gallardos al paredón,
confiados de que las balas
serán de amor.

Los periodistas

Los periodistas son perros, son humildes, son lúcidos. Comen y aman en público, guardianes, ladran al impostor. El periodismo es vicio y virtud. En la carretera de la mirada, los periodistas ahogan el dolor fermentando palabras. Son máquinas del tiempo, ignorantes de la nada. Los periodistas de raza dudan. Atrapada la verdad, ni los dioses los callan. Reporteros desobedientes, creyentes de sí mismos, se buscan y condenan. Huelen la mentira, como margarita la deshojan con nombre y apellido. La funan en el ágora. Seducen al poder, huyen para describirlo. Son la causa de la causa de la rebeldía. Sólo la fama los corrompe. Los periodistas mercenarios son una ache, muda; como gusano de maguey sufren, atrapados en el fondo de la botella del embuste. Los periodistas cándidos, sí, van descalzos a testificar la vida con el alma.

Los londinenses

Los londinenses no caminan,
flotan
en brillosos bulevares del saqueo
que reflejan una historia oculta.

Los Rolls Royce del monarca tampoco pisan suelo,
sobrenadan,
entre huesos de esclavos.

Los londinenses son calca de Bond,
sin diplomacia: leones y unicornios,
en el imperio moribundo.

Los londinenses posan sin corona
en Oxford Street
ante burkas y bikinis.

En Harrods, los londinenses compran libertad
empaquetada.
La reina ha muerto.

Los londinenses visten orfandad,
diseñada por Burberry
y cargan coronas al revés,
invisibles,
como sus árboles pelones,
tirados cual scooter en el underground.

Los londinenses son un delta de azúcar,
entre migrantes sin abrigo,
sorben el té del capitalismo en ruedas.

Los londinenses son púberes

que van solas al colegio
bajo la niebla.
El Támesis no une: arrastra
y sin embargo, en sus orillas
nada la esperanza.

París

Cuero de la libertad, con tu aroma anuncias tu presencia, acaricias como el viento, cadenciosa, inexorable. Te alzas, mirándote en el río de tus propios deseos. No se equivocaron los Parisi al nombrarte suya, París, yo tampoco me equivoco si te susurro: estrújame. Entre molinos rojos, caminas sensual, pisas tejados negros, ligera como un gato liberado en un rincón de Montmartre. Tu corazón sagrado me canta en voz baja: "me iré". Y yo, rogándote, te pido entre luces: no me abandones, lobo que acecha, guillotina del olvido. ¡Adóptame! Como Eiffel, hagamos una torre de fraternidad.

Zúrich

Los bohemios cantan euros,
las princesas huyen de la nivola.
Asaltan el asfalto suizo,
pies desnudos besan los puentes,
derriten miradas,
como fondue en tus labios.
Zúrich,
majestuosa y callada,
como tus Alpes
bañados en oro blanco.
¿Por qué eres inalcanzable?
¿Por qué haces girar mi mundo,
como el oso en Paradeplatz?

Caigo en el tranvía del deseo,
libido navegando la niebla,
sediento de cruzar
el lago de la serenidad.
Si el viento sopla a mi favor,
acamparé en un viejo chalet,
a vivir,
a quemar lo vivido,
como arden los inviernos
en un corazón andarín.

Venecia, serenísima

Te hundes bajo el agua
de mis enamorados sueños.
En tus mares duerme
tu milenaria potencia,
Venecia,
despierta:
estoy a tus pies.

Sobre el agua del amor,
en góndola se pasean
los enemigos del odio.

Venecia marina,
Serenísima,
prefieres no amarme...
¡contigo quiero vivir la vida!

Deja de ser dura
como la madera sin oxígeno.
Tú y tus cuatrocientos puentes,
tú,
¡suspírame!
¡inundémonos!

León alado,
sin máscaras,
bailemos,
no somos nobles
ni plebeyos
hagamos el carnaval de la voluntad.

Agua brava,
sal violenta,

sal y búscame,
marea extraordinaria,
isla del placer.

En mis labios
no ha muerto tu poderío.